

LA NACION

BUENOS AIRES

11 8 AGO 1960

Pag. 24

CINEMATOGRAFOS

Expresión del arte teatral renacentista

El Teatro Estable de Turín eligió para su nueva presentación en el Odeón la comedia "La Moscheta", de Angelo Beolco, más conocido por el Ruzante, nombre que figura entre los de los grandes autores-actores de la Commedia dell'Arte del siglo XVI.

Como lo explicó el director del conjunto, Gianfranco de Bosio, antes de que se levantara el telón, esta obra —de suma importancia, como otras del Ruzante, en la evolución del teatro italiano— fué puesta en escena en 1950 por el Teatro de la Universidad de Padua, que entonces él dirigía. El de Turín la ha incorporado a su repertorio. Es una labor dramática hecha con erudición, con cuidadoso detalle, con amor, la que han cumplido De Bosio y sus colaboradores. Pero desde el punto de vista de la comunicación con el público, el hecho de que "La Moscheta" sea representada en el dialecto paduano del siglo XVI —que se mezcla con el bergamasco hablado por uno de los protagonistas— significa indudable-

mente una dificultad que se agranda y mucho para nuestro público, compuesto en buena parte por argentinos que no encuentran obstáculos frente a la clara dicción italiana de los intérpretes visitantes, pero sí ante esta antigua y ruda lengua.

Que se haya mantenido el habla dialectal no es, sin embargo, cosa de capricho, sino que obedece al rigor artístico con que ha procedido De Bosio, buscando minuciosamente en todos los aspectos la reproducción de la comedia tal como la concibió el Ruzante. Así él ha explicado en su estudio crítico sobre la obra que el paduano del autor, con sus vocablos ásperos, cortantes, casi monótonos en la persistencia de su dureza, da a los personajes que lo hablan la naturalidad y la fuerza necesarias.

"La Moscheta" muestra una faz del amor, en un mundo elemental de rústicos que viven en un barrio miserable de la Padua del siglo XVI. Es el amor sensual, el amor de la carne y el deseo, cuya red se teje a través de la sórdida batalla —más grotesca que cómica— librada por tres hombres por la posesión de Betia, la mujer de uno de ellos, que, conforme al uso de las comedias de esos tiempos, lleva el nombre de Ruzante. El autor ha penetrado hasta lo más hondo de una psicología de bestialidad, de avidez, de cobardía, de total falta de escrúpulos; en un mundo amoral, extraño a todo idealismo, donde rige absoluta la ley del más fuerte, donde todo lo que sirve y se puede conseguir tiene en sí mismo justificación. Es cómo un tras mundo del Renacimiento, sin sus principios, sus artistas, sus humanistas, en el que cobran vida,

fuerte vida, Menato, el compadre de Ruzante y su mujer, enloquecido de pasión por ésta; Tonin, el soldado bergamasco, personaje bufonesco, que también alcanza los favores de la aldeana; Ruzante, débil, vil, vicioso sin utilidad, amoral sin ventaja, y Betia, la aldeana, traidora y nada mejor que su marido, al que engaña sin remordimiento, y que lo mismo se entrega por placer que por una ventaja material. En el ir y venir de estos personajes se teje la trama, con predominio de monólogos en la representación, para que los protagonistas se expliquen a sí mismos y a la acción, hasta que Beolco, en una escena de gran fuerza teatral, le pone fin, consecuentemente con la razón de ser del mundo que evoca, haciendo triunfar al más fuerte.

Como en sus anteriores presentaciones, el teatro turinés dió con "La Moscheta" pruebas de su gran calidad interpretativa y de la responsabilidad y probidad artísticas de su director y sus actores. Fueron estos últimos Gianni Mantesi, que con el prólogo preparó a los espectadores para el ambiente en que iban a penetrar y explicó la psicología de los protagonistas; Virgilio Zernitz, de gran fuerza expresiva en su Menato; Franco Parenti, que exhibió en su detallada interpretación de Ruzante —personaje de gran dificultad— las aptes puestas de manifiesto en anteriores actuaciones; Edda Albertini, cuya villanesca Betia estuvo plena de sensualismo y ruindad; Alessandro Esposito, el hombre de armas bergamasco, en parejo nivel de calidad, y Carla Parmeggiani, en una breve y atrayente aparición. La escenografía y los figurines de Mischa Scandella, así como el manejo de las luces, contribuyeron a la belleza visual del espectáculo.

M. M. C.